

Teresa Berganza

DARÍO FERNÁNDEZ RUIZ



Como bien saben los lectores, el pasado 16 de marzo Teresa Berganza cumplió 70 años; uno hubiera deseado celebrarlo en su momento, pero el fallecimiento de Renata Tebaldi y Victoria de los Ángeles obligó a posponer ligeramente este pequeño homenaje a una de las más grandes voces que ha dado nuestro país. Así, es ahora cuando por fin podemos repasar brevemente el legado de esta singular cantante, dotada de una voz lírica blanquecina y no muy grande, pero tan amplia en su tesitura y tan segura en las notas extremas que todavía hoy se sigue discutiendo sobre su verdadera condición de mezzosoprano. Con todo, lo que hace de Berganza una cantante excepcional es su manejo técnico, que le permitió los

más prodigiosos ejercicios de agilidad y coloratura, una inteligencia fuera de lo común que le guió sabiamente a lo largo de su carrera y, en otro orden de cosas, un carácter franco que le ha hecho llamar siempre a las cosas por su nombre y una personalidad arrolladora entre pícara y desenfadada con la que ha enriquecido todas sus interpretaciones. Hasta qué punto es esa personalidad desbordante la savia que nutre su arte es algo que tuve oportunidad de constatar hace ya unos años en el transcurso de una entrevista de la que guardo un imborrable y cariñoso recuerdo que ha hecho que desde entonces, más que como una diva, Teresa Berganza se presente ante mis ojos como una suerte de maja del siglo XXI y ante mis oídos como una in-

térprete que siempre tiene algo nuevo que decir, pero eso ya es otra historia.

De una discografía ejemplar por su categoría artística global y considerable volumen, los registros más aplaudidos han sido, sin duda, aquellos que realizó en la década de los setenta con Claudio Abbado para Deutsche Grammophon, a saber: *Carmen*, *Il barbiere di Siviglia* y *La Cenerentola*. Recientemente y con motivo de la efeméride que se celebra, el sello amarillo ha publicado una fantástica antología que reúne fragmentos de esas y otras como *Pulcinella*, *El amor brujo*, *La vida breve*, *El gato montés* y los recitales de canciones del medievo y renacimiento español que grabó con Félix Lavilla y Narciso Yepes, pero, salvo por el recital de arias barrocas que incluye, editado por primera vez en CD, merece la pena acudir a las grabaciones integrales, dada su excelencia. Así, su espléndida *Carmen* ha recibido elogios unánimes por una caracterización que, si se compara con lo que vino antes y después, se sigue distinguiendo por el acabado retrato que nos presenta de la gitana, mucho más sutil, verosímil y libre de excesos de lo habitual, mientras que en los dos registros rossinianos apabulla su ya alabada capacidad para todo tipo de acrobacias y píruetas vocales, aunque como no todo puede ser dicha, hay quienes han señalado su escaso humor y excesiva seriedad o la falta de chispa italiana de Hermann Prey, un Figaro por lo demás notable.

En un nivel parejo de excelencia, pero con menor predicamento entre la crítica internacional, se sitúa un importante número de grabaciones por las que Berganza debe quedar definitivamente considerada como una de las grandes intérpretes de Mozart y Rossini del pasado siglo. Entre ellas, debemos destacar *La clemenza di Tito*, de la que la madrileña ha dejado dos versiones: la primera, soberbia, está dirigida por un vivaz István Kertész (Decca) y nos muestra a la mezzosoprano